

LA CONSTRUCCIÓN DEL ARCHIVO NACIONAL ESPAÑOL:

Los viajes documentales de Pascual de Gayangos

Ignacio Peiró Martín

Universidad de Zaragoza - París 8. Université. Vincennes-Saint Denis

El número de mayo de 1928 de la revista *Residencia* reproducía la conferencia dictada por Charles Carroll Marden en la Residencia de Estudiantes de Madrid. En uno de sus párrafos, el catedrático de *Literatura española* de la Universidad de Princeton recordaba la cordialidad de Pascual de Gayangos y la extraordinaria deuda intelectual que con él habían contraído los «pioneros del hispanismo» George Ticknor y William H. Prescott. Para el filólogo norteamericano, se trataba del mismo espíritu liberal de concordia académica que animaba el comportamiento intelectual de sus amigos de la Junta para la Ampliación de Estudios y, especialmente, de Ramón Menéndez Pidal. Estas palabras, además de ser un reconocimiento del prometedor presente de la moderna ciencia española, manifestaban el anclaje del hispanismo profesional anglosajón con lo mejor de la tradición nacional representada por la figura del cosmopolita Gayangos.¹ Y esto, en una época de promoción de las relaciones culturales hispano-estadounidenses e impulso familiar a la fama del antepasado que había hecho girar las ruedas de la erudición española en su dirección correcta. Al cabo, su nieto Juan Riaño, primer embajador de España en Washington, mantenía excelentes relaciones con Archer Milton Huntington, el mecenas, fundador y presidente de la *Hispanic Society* que, en 1927, había patrocinado la edición de las cartas cruzadas de Ticknor y Gayangos. Desde entonces, el erudito español ha gozado de gran predicamento entre los hispanistas anglófonos como demuestran los trabajos de Clara Louisa Penney, James T. Monroe, Richard Hitchcock o la más reciente

¹ Charles Carroll Marden, «La educación universitaria en los Estados Unidos», *Residencia. Revista cuatrimestral de la Residencia de Estudiantes*, 11, 2 (mayo 1928), pp. 75-76.

te tesis doctoral de la investigadora de la Universidad de Edimburgo, Claudia Heide.²

En el escenario interior, tampoco cabe duda de que ha existido un acuerdo esencial acerca de la reputación de Pascual de Gayangos y Arce (1809-1897). Escritor, periodista, traductor, bibliófilo, viajero, erudito historiador y arabista con cierta popularidad en los medios intelectuales de la España de la segunda mitad del siglo XIX. Desde la década de 1840, la llegada a la cátedra de *Árabe* de Madrid y su ascenso a la medalla número 5 de la Academia de la Historia le dispensaron el respeto de la comunidad académica y, con él, la posibilidad de la intemporalidad y la fama póstuma. En el curso de una prolongada carrera que alcanzará hasta su muerte accidental en el Londres finisecular, vivió el período de formación de la *cultura nacional española* y, dentro de ella, la transición de la nueva erudición patriótica a los comienzos de la profesionalización de la historia. En razón precisamente del papel privilegiado que adquirió para él la salvaguarda y transmisión del saber histórico nacional, formó parte de la generación de académicos liberales que, compartiendo el primado moral de la nación y, por ende, los principios cívicos e ideológicos de la gran operación histórica de la desamortización, tomaron conciencia de los efectos culturales de ésta última y ayudaron a definir el concepto de *patrimonio documental histórico-artístico* español.

La importancia y la posición estratégica lograda por Gayangos en punto al escrutinio esforzado de los *monumentos* del país, así como en su posterior gestión y organización en los archivos, bibliotecas y museos estatales, siempre ha sido reconocida por los investigadores españoles que se han aproximado a su biografía desde las más diversas perspectivas analíticas e interpretativas (incluidos los manuales y diccionarios de historiadores). Por eso no deja de ser meritorio que, coincidiendo con la celebración del CX aniversario del fallecimiento del académico sevillano, Miguel Ángel Álvarez Ramos y Cristina Álvarez Millán se hayan preocupado de glosar con amplitud los *viajes literarios* realizados por Gayangos como comisionado de la Real Academia de la Historia. Un tema en verdad no demasiado investigado y en cuya elección radica el logro fundamental del libro en torno al cual construimos la presente reflexión.³ Justamente

² Clara Louise Penney, *George Ticknor: Letters to Pascual Gayangos from the Originals in the Collection of the Hispanic Society of America*, New York, Hispanic Society of America (Printed by order of the Trustees), 1927; James T. Monroe, *Islam and the Arabs in Spanish scholarship (sixteenth century to the present)*, Leiden, E.J. Brill, 1970; Richard Ford, *Letters to Gayangos*, transcribed and annotated by Richard Hitchcock, Exeter, University of Exeter, 1974; Claudia Heide, *The Many Lives of Pascual de Gayangos*, Ph. D. Dissertation, University of Edinburgh, 2005.

³ Miguel Ángel Álvarez Ramos y Cristina Álvarez Millán, *Los viajes literarios de Pascual de Gayangos (1850-1857) y el origen de la archivística española moderna*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Estudios Árabes e Islámicos: Monografías, 12), 2007.

porque en el siglo XIX la modalidad del *viaje documental* fue una parte relevante de las actividades organizadas por las sociedades eruditas y una experiencia significativa en la vida de los más grandes «monumentalistas» de toda Europa.⁴

En efecto, al calor de las empresas político-culturales promovidas por los principales estados europeos en los años de paz que siguieron a los tratados de Viena (aunque, los primeros y principales fueron los alemanes), la actuación de aquellos activos «rastreadores de documentos» no sólo fue importante por la cuestión de la conservación, identificación y ordenamiento del patrimonio documental. Es decir, para la organización de los *archivos históricos de las naciones* (con su deriva facultativa y la institucionalización de la *archivonomía* en tanto técnica de trabajo, materia auxiliar y precedente disciplinar de la *archivística* como ciencia que se fraguó en la vida de la cultura internacional a partir de la década de 1930). En un tiempo de creciente prestigio del *academicismo* como modelo de institucionalización de las nacientes *culturas nacionales*, también lo fue porque la combinación del gusto romántico, con la tradición positiva y los valores patrióticos, provocó la aparición y legitimación de una nueva mentalidad erudita cada vez más extendida.⁵

Estas ideas hicieron, por un lado, que los archivos dejaran de ser «cárceles de documentos» en castillos reales o meros depósitos ligados a las administraciones de los estados para convertirse en los centros privilegiados de difusión de la cultura histórica. Por otro, ampliaron los límites del «territorio del historiador» al llenar de nuevos contenidos el concepto de fuente e invitar a los estudiosos a liberar los documentos tanto tiempo «prisioneros» («salvarlos como si de bellas princesas se trataran», sería la caballerosa expresión utilizada por Ranke en una carta dirigida a la escritora Bettina von Arnim).⁶ Y, además, situaron la *verdad histórica* en el

⁴ Arnold Esch, «Auf Archivreise. Die deutschen Mediävisten und Italien in der ersten Hälfte des 19. Jahrhunderts: aus Italien-Briefen von Mitarbeitern der Monumenta Germaniae Historica vor der Gründung des Historischen Instituts im Rom», en Arnold Esch und Jürgen Petersen (eds.), *Italiens im Risorgimento*, Tübingen, Niemeyer, 2000.

⁵ Roland Mortier, *Les «Archives littéraires de L'Europa» (1804-1808) et le comopolitisme littéraire*, Bruxelles, Academié Royale de Belgique, 1957; Ilaria Porciani, *L'Archivio storico italiano: organizzazione della ricerca ed egemonia moderata nel Risorgimento*, Firenze, Leo S. Olschki, 1979; Philippa Levine, *The Amateur and the Professional. Antiquarians, Historians, and Archaeologists in Victorian England, 1838-1886*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; Bruno Delmas et Christine Nougaret (eds.), *Archives et nations dans l'Europe du XIXè siècle. Actes du colloque organisé pas l'École Nationale des Chartes*, Paris, École Nationale des Chartes, 2004; Françoise Hildesheimer, «Les Archives nationales», en Christian Amalvi (dir.), *Les lieux de l'histoire*, Paris, Armand Colin, 2005, pp. 81-97; y el libro póstumo de Lara Jennifer Moore, *Restoring Order: The Ecole des Chartes and the Organization of Archives and Libraries in France, 1820-1870*, Duluth, Minnesota, Litwin Books, 2008.

⁶ Mauro Moretti, «Archivi e Storia nell'Europa del XIX secolo. Un discorso introduttivo. Alle radici dell'identità culturales europea», en Irene Cotta e Rosalia Manno-Tolu (a cura

corazón mismo de las condiciones «científicas» necesarias para la construcción disciplinar de la historia (y, como tal, enfrentada a las leyes de la *veracidad poética* y la *retórica* que, desde muchos siglos antes, vinculaban los escritos históricos con la literatura y el arte). Algo bien distinto del célebre viaje literario a Italia donde Goethe reescribió su *Ifigenia*. Y muy diferente de las «miradas nacionales de los otros» representadas en las guías Baedeker y los libros de viajes cuyos creadores (empresarios editores, escritores románticos, artistas, fotógrafos, militares o ideólogos políticos) se inventaron «países que celebran cantos orientales» para excitar la imaginación geográfica de sus lectores;⁷ pero también para proporcionarles la necesaria base comparativa desde la que situar y afirmar la propia identidad nacional en aquel paisaje de naciones en construcción.⁸

A partir de ahí, moviéndonos en el terreno pantanoso del vocabulario de la primera mitad del siglo XIX, el uso de un término ilustrado tan característico como «literario» permite reconocer los contrastes y cambios de sentido de las mismas palabras (*homonimia*) que anuncian los períodos de transformación lingüística y la aparición de un nuevo *régimen de historicidad*. Un momento crucial en el que, coincidiendo con la elaboración de los *cánones* de las literaturas europeas, la historia apuntaba su lenta separación del viejo cajón de sastre de las Bellas Letras al avanzar en la creación de los metarrelatos nacionales y la construcción de las matrices disciplinares.⁹ En este sentido, parece oportuno

di), *Atti del convegno internazionale di studi nei 150 anni dall'istituzione Archivio Centrale*, Firenze, Ministero per i beni e le attività culturali. Direzione Generale per gli Archivi, 2006, p. 10. La consolidación de la tradición académica del viaje a Italia por parte de los historiadores alemanes la estudia Pierluca Azzaro, *Deutsche Geschichtsdenker um die Jahrhundertwende und ihr Einfluss in Italien*. Kurt Breysig, Walther Rathenau, Oswald Spengler, Bern, Lang, 2005.

⁷ Virginia Maza Castán, «El país que celebran los cantos orientales. El recurso a España en la formulación del discurso político alemán de las primeras décadas del siglo XIX», *Ayer*, 46 (2002), pp. 209-232; y Xavier Andreu Miralles, «La mirada de Carmen. El mite oriental d'Espanya i la identitat nacional», *Afers*, 48 (2004), pp. 347-367; David Harvey, *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008, pp. 347-355; y el catálogo de la exposición *Voir l'Italie et mourir. Photographie et peinture dans l'Italie du XIXe siècle*, Musée d'Orsay-Skira Flammarion, 2009.

⁸ Marjorie Morgan, *National Identities and Travel in Victorian England*, New York, Palgrave Macmillan, 2001; y Lucien Jaume, *Tocqueville*, Paris, Fayard, 2008.

⁹ Stefan Berger, «Geschichten von der Nation. Einige vergleichende Thesen zur deutschen, englischen, französischen und italienischen Nationalgeschichtsschreibung seit 1800», en Sebastian Conrad and Cristoph Conrad, *Die Nation Schreiben. Geschichtswissenschaft im internationalen Vergleich*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2002, pp. 49-77; Stefan Berger; Mark Donovan; Kevin Passmore (eds.), *Writing National Histories. Western Europe since 1800*, London-New York, Routledge, 1999. En España la teoría de las matrices disciplinares la ha introducido Miquel À. Marín Gelabert en *La historiografía española de los años cincuenta. La institucionalización de las escuelas disciplinares, 1948-1965* (tesis doctoral, Zaragoza, 2008), un avance de la misma en su libro *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la práctica*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2004.

insistir en la implicación de los *viajes documentales* en el arranque del proceso de institucionalización de la ciencia histórica. Algo que en la historia de la historiografía actual adquiere forma y sentido, no tanto desde la descripción acumulativa de las instituciones en las que el historiador despliega su actividad, sino al prestar atención a los múltiples factores objetivos y subjetivos que interactúan en la estructuración de la comunidad de historiadores. En su misma evolución, esta comunidad se considera como un sujeto dinámico que, además de recibir de instancias políticas e ideológicas superiores una configuración esencial de su marco de actuación (el Estado y la Nación), se dota de recursos de acuerdo a proyectos explícitos de modernización y cientifización. Tanto más cuanto que su desarrollo responde a la lógica recíproca de las conexiones transnacionales, los nudos de redes académicas, las «tendencias colectivas a la imitación» y la aparición de «colegios invisibles» de objetos de investigación y métodos compartidos.¹⁰ Parafraseando a Diderot cuando en sus *Pensées philosophiques* hablaba del movimiento «en cuanto cualidad de la materia», los rescates documentales de los «monumentalistas» del diecinueve ayudaron a transformar las nociones tradicionales de la historia y a movilizar, en sus raíces sociales e intelectuales, los mecanismos de las prácticas históricas e historiográficas.¹¹

En suma, dentro de la amplia tipología que definen los viajes de formación e investigación decimonónicos, los *literarios* o, mejor dicho, los *arqueológicos documentales* se convirtieron en un espacio para el desarrollo del saber histórico y una escuela de comportamiento de los historiadores. En su compleja dimensión de conocimiento intelectual y de vida (se viaja hacia fuera, aunque siempre se hace hacia dentro), las

¹⁰ El modelo del «social circle» en Charles Kadushin, «Power, influence and social circles: a new methodology for studying opinion makers», *American Sociological Review*, XXXIII (1968), pp. 685-699; y su aplicación a la sociología de la organización del mundo de los investigadores en Diane Crane, «Social structures in a group of scientists: a test of the “invisible college” hypothesis», *American Sociological Review*, XXXIV (1969), pp. 335-352. Desde la historia de la historiografía, analizan diferentes procesos de institucionalización, entre otras, las investigaciones de Mathias Middell, *Weltgeschichtsschreibung im Zeitalter der Verfachlichung und Professionalisierung. Das Leipziger Institut für Kultur- und Universalgeschichte, 1890-1990*, Leipzig, Akademische Verlaganstalt, 2005, 2 vols.; Gabrielle Lingelbach, *Klio macht Karriere: Die Institutionalisierung der Geschichtswissenschaft in Frankreich und den USA in der zweiten Hälfte des 19. Jahrhunderts*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2003; y Margherita Angelini, «Storici e storia: generazioni a confronto nel lungo dopoguerra italiano», en *Storia della storiografia*, 49 (2006), pp. 43-62 (artículo que adelanta argumentos desarrollados en su tesis doctoral, *Allievi e maestri. Una generazione di studiosi di storia tra Italia ed Europa (1930-1960)*, defendida en febrero de 2007 en la Università Ca' Foscari de Venezia, está anunciada su próxima publicación).

¹¹ Denis Diderot, *Pensées philosophiques. Addition aux Pensées philosophiques*, presentation, notes, bibliographie et annexe para Jean-Claude Bourdin, Paris, Flammarion, 2007, p. 67.

búsquedas sistemáticas de «testimonios solemnes» (textuales y documentales, seriamente establecidos y criticados), les ayudaron a legitimar el estudio del pasado nacional y, simultáneamente, a certificar el «descubrimiento» interior de la *responsabilidad* en la práctica historiográfica. Sin solución de continuidad, todo esto sería utilizado por los eruditos para afirmar públicamente tanto su condición socio-política de *guardianes del pasado nacional* como la categoría académico-cultural de *maestros de la historia*.

Por lo demás, ya lo he dicho, la genealogía de este tipo de viajes es clara. Así, al lado de proyectos sostenidos por ilustres diplomáticos «savants» como Niebuhr o Bunsen (impulsores, junto al duque de Blancas o el mismo príncipe real de Prusia, del *Instituto di corrispondanza archeologica*), la podemos rastrear en las expediciones emprendidas por los primeros editores de los *Monumenta Germaniae Historica* (destacando, por encima de todos, el medievalista Georg Waitz) o en el memorable episodio protagonizado por Leopoldo von Ranke, en 1830, con su fulgurante regreso a Berlín desde Venecia. De igual modo, en los viajes departamentales de Agustín Thierry y Próspero Mérimée que convencieron al ministro-historiador François Guizot de la inminencia del naufragio y la urgente necesidad de organizar una «entreprise scientifique et nationale» de publicación de textos. Como una continuación de los mismos, reconocemos los detalles de la moderna erudición europea en el famoso *tour* archivístico por Francia de Jules Michelet, efectuado en el verano de 1835. También, en la peregrinación a Simancas en busca de documentos carolinos del erudito y patriota italiano Giuseppe De Leva, culminada, en 1844, sólo por «l'amore della scienza». Y, por estar considerados un verdadero programa de método, siguen siendo una referencia historiográfica fundamental los periplos peninsulares del joven Emilio Hübner, enviado por el gran Theodor Mommsen desde el Instituto Arqueológico de Berlín, a principios de la década de 1860.

No tiene, por tanto, nada de extraño que en España se siguiera el «ejemplo de todas las naciones de Europa», como anotaba el bibliotecario de la Real Academia de la Historia y antiguo capitán de la Milicia Nacional madrileña, Tomás Muñoz y Romero (1847). Periferia de lo europeo, hoy sabemos que la recepción en nuestro país de los diversos elementos de la historiografía liberal fue rápida, gracias al espíritu alerta de una serie de *embajadores* o *intermediarios culturales*, entre los que ocupó un lugar destacado otro ex-miliciano tan característico como fue Pascual de Gayangós.¹² Por eso, las palabras y las acciones de los dos personajes –a las que, entre otros, muy bien se podían añadir las de

¹² Christiane Berkvens-Stevelinck, Hans Bots et Jens Haseler, *Les grands intermédiaires culturels de la République des Lettres. Études de réseaux de correspondances du XVIIe au XVIIIe siècle*, Paris, Honoré Champion, 2005.

Felipe Canga-Argüelles, Luis López Ballesteros, Pedro Sabau o Manuel Bofarull—, son reveladoras de una toma de conciencia y de un estado de opinión generalizado entre los eruditos de la época. En realidad, tras reconocer aspectos muy familiares en las experiencias de sus equivalentes alemanes, franceses o italianos, los españoles siguieron pautas ideológico-culturales similares en sus evaluaciones acerca de la situación real del patrimonio documental, de sus condiciones desastrosas y de las medidas inmediatas que debían tomarse. Y, en un clima de vocación de servicio al Estado liberal y fidelidad al principio de la nación, las voces múltiples de los académicos de Madrid y de provincias alentaron el inicio de las operaciones historiográficas cuyos procedimientos empezaban por la localización y rescate del contingente de documentos que, en su condición de *bienes nacionales*, habían pasado a ser de titularidad pública por emanar de las burocracias del Antiguo Régimen o proceder de las desamortizaciones eclesiásticas, señoriales y municipales. Después de todo, esparcidos por las regiones de un país que había que explorar y jerarquizar administrativamente, el valor heurístico de todos estos materiales de archivo (incluida su accesibilidad y novedad) venía determinado por su carácter de fuentes fundamentales para la resolución del gran problema historiográfico de la época: la construcción de la historia nacional.

Era un momento en el que continuaba el éxito editorial de los *Recuerdos y Bellezas de España* de Pablo Piferrer y Francisco Javier Parcerisa (la empresa dirigida, desde 1839, a cultivar el gusto del público burgués hacia la literatura pintoresca y la recuperación artística de los monumentos de las regiones españolas).¹³ Y fue entonces cuando la actualidad adquirida por el tema había decidido a un buen amigo de Goyas, el pintor por inspiración y erudito por el estudio Valentín Carderera, a prestar un «servicio, no sólo a la historia del arte, sino también a la historia civil de España», al publicar su *Iconografía española* (1855-1864): una colección de estampas y retratos inéditos de los personajes célebres de la nación (empezando por sus primeros reyes y reinas, sus capitanes generales o sus escritores) que había recopilado veinte años antes, viajando «en tiempo de Cabrera y de Merino, en medio de la guerra civil y de los montoneros que no distinguían entre el laborioso y erudito artista y un guerrillero enemigo». ¹⁴ Más aún, la Real Academia de la Historia se

¹³ Vicente Maestre Abad, «Recuerdos y Bellezas de España. Su origen ideológico, sus modelos», *Goya*, 181-182 (1984), pp. 86-93; y José María Ariño Colás, *Recuerdos y bellezas de España. Ideología y Estética*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2007.

¹⁴ Diego Barros Arana, «Bibliografía. Iconografía española, o sea, colección de retratos, estatuas, mausoleos i demas monumentos inéditos de reyes i reinas, grandes capitanes, escritores i otros personajes célebres de la nación española, desde el siglo XI hasta el XVII, por don Valentín Carderera, individuo de las Academia de la historia i de bellas artes de San-Fernando de Madrid...», *Anales de la Universidad de Chile*, XIX (1861), p. 244.

dispuso a cerrar la edición del *Viaje literario a las Iglesias de España*, al aprobar la impresión de los volúmenes veintiuno y veintidós dedicados a Mallorca (1851 y 1852). Así, en plena aventura viajera del patriotismo cultural español, la principal institución de la erudición oficial recuperaba el recorrido por los archivos de las catedrales y conventos de Cataluña, Valencia, Baleares y Andalucía, forjado a partir de 1802 y continuado en los años del Trienio por el «católico liberal» y sacerdote secularizado, Jaime Villanueva (fallecido, en 1824, en el exilio londinense). Un viaje propiamente *documental* que pervivía en la memoria libresca de los estudiosos como un monumento de la erudición hispana, un testimonio del regalismo de la iglesia de la época y del criticismo ilustrado.¹⁵ Y esto era algo que, en el terreno de la literatura y la historia nacional, podía ser leído perfectamente como un axioma positivista, un ejemplo de comportamiento cívico y una fuente de inspiración, entre otros, por el inquieto académico Pascual de Gayangos.

Para entonces, su cosmopolismo literario mezclado con sus exigencias eruditas más patrióticas le permitían participar en la traducción de la voluminosa *Historia de la literatura española* de George Ticknor (1851-1856)¹⁶ y, al mismo tiempo, seguir los rastros dejados por el escritor anglo-norteamericano que había sido el primero en descubrir en la biblioteca de Santa Cruz de Valladolid, el manuscrito *El pelegrino curioso y grandezas de España* de Bartolomé Villalba. Esta obra, que Gayangos terminaría por exhumar y editar en la Sociedad de Bibliófilos Españoles (1886 y 1889), le llevó a acercarse en sus orígenes de finales del siglo XVI al micro-género de los *viajes literarios*. Y, más allá de un interés meramente *costumbrista*, el estudioso andaluz pudo redescubrir en el volumen de Villalba otro modelo que muy bien podía ser aplicado al conocimiento de la historia nacional. Porque lo cierto es que se trataba de un relato de viajes a través de los territorios de España y Portugal escrito siguiendo los criterios retóricos de su tiempo, pero cuyo ánimo poético destilaba pretensiones de *veracidad* y *precisión* en las descripciones de los monumentos y las historias que

¹⁵ Ana María Sánchez Díaz, «El Viaje Literario a las Iglesias de España: una empresa ilustrada de los hermanos Villanueva en la primera mitad del siglo XIX», *Anales de Historia Contemporánea*, 5 (1986), pp. 47-66; y Emilio Soler Pascual, «El viaje literario de los hermanos Villanueva», estudio preliminar a la edición CD-R del *Viaje literario a las Iglesias de España*, Valencia, Biblioteca Valencianoa-Faximil, 2001 (en red: <http://faximil.com>).

¹⁶ Una referencia al papel de *intermediario cultural* desempeñado por Gayangos en el «triángulo» de la cultura literaria anglosajona, española y francesa, al traducir, anotar y comentar la *Historia de la literatura española* de Ticknor, en M.^a del Rosario Álvarez Rubio, *Las historias de la literatura española en la Francia del siglo XIX*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, pp. 252-261.

narraba.¹⁷ A fin de cuentas, a partir de 1851, Gayangos puso en marcha el *Memorial Histórico Español. Colección de Documentos, Opúsculos y Antigüedades* y aceptó, a la vez, el encargo oficial de viajar *literariamente* por el interior del país con el propósito de evaluar el estado del patrimonio monumental español.

Años más tarde, cuando las exploraciones documentales por los archivos y bibliotecas europeas se habían convertido en un aspecto normalizado de la *cultura histórica nacional*, la Academia sería la encargada de facilitar el traslado a París del archivero Antonio Rodríguez Villa. Éste antiguo ayudante de Gayangos en Londres en la formación del *Catálogo de manuscritos españoles existentes en el British Museum* (1869), pasó cuatro meses copiando la segunda parte de la *Historia de Felipe II* escrita por Luis Cabrera, cuyo original se conservaba en la Biblioteca Nacional francesa al cuidado de Alfred Morel-Fatio. Un viaje al exterior que significó un avance sobre las solitarias e «infatigables cacerías documentales» o las estivales consultas bibliográficas en centros extranjeros. No en vano, además de un hito en las trayectorias de los dos personajes, sirvió para consolidar las transferencias culturales entre ambos países e impulsar, de manera específica, el desarrollo del modernismo académico español y del hispanismo profesional francés. Por lo demás, junto a la participación de los eruditos en las expediciones científicas marítimas (Juan de Dios de la Rada), en las embajadas diplomáticas norteafricanas (Francisco Codera, Julián Ribera) o en las misiones oficiales para observar la organización de los «lugares de la historia» de las otras naciones (Toribio del Campillo), pronto llegarían los viajes de formación en el extranjero de los profesionales universitarios (Rafael Altamira) y, a partir de la primera década del siglo XX, los promocionados por la política de becas de la Junta para la Ampliación de Estudios.

Afortunado pionero en sus diferentes modalidades y formas, las actitudes éticas y voluntaristas del Gayanyos explorador de «papeles y documentos», sirvieron para integrar el «espíritu del viaje» en la moral de trabajo que caracteriza el primer ciclo histórico de la historiografía española. Un trayecto institucional, en cualquier caso, marcado en sus inicios por los primeros exilios políticos del diecinueve (1814 y 1823) y cuyo desarrollo, intensamente vinculado a la construcción de la *cultura nacional liberal*, quedaría truncado con la huida forzosa de los historiadores que debieron enfrentarse a la gran tragedia colectiva de la guerra civil de 1936-1939.

Todo lo dicho hasta aquí creo que permite entender la relevancia historiográfica de los ocho viajes literarios realizados por Pascual de Ga-

¹⁷ Françoise Crémoux, «L'imaginaire sacré du territoire espagnol dans *El pelegrino curioso y grandezas de España* de Bartolomé de Villalba (1577)», en François Delpech (éd.), *L'imaginaire du territoire en Espagne et au Portugal (XVIe-XVIIe siècles)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2008, pp. 105-122.

yangos, entre 1850 y 1857, por las provincias españolas (ampliado en el tercero con una excursión a Portugal), cuya riqueza y carga de novedad nunca se habían terminado de explorar. Y, como he señalado ya, de ahí deriva el interés fundamental de la investigación de Miguel Ángel Álvarez Ramos y Cristina Álvarez Millán. Sin embargo, el atractivo de la misma comienza a diluirse cuando desde la introducción observamos la confusión existente entre el descubrimiento personal de los autores con el descubrimiento disciplinar de Gayangos. Esta temprana impresión se mantiene y acentúa a lo largo de los siete capítulos y 326 páginas (con los apéndices, bibliografía e índices alcanza las 508) de un libro cuya lectura atenta y reposada induce, antes que otra cosa, a reflexionar sobre los límites actuales (y de siempre) del puro positivismo filológico y la teleología erudita: aquella que por su propia finalidad impide sacar conclusiones o, lo que es peor para un historiador de la historiografía o de la «archivística», conduce a sostener conclusiones no sólo fuera de lugar sino fácilmente falsables. Y es que, construida bajo el signo de la reivindicación hagiográfica, la obra aparece marcada por la obsesión documental, el voluntarioso hallazgo de lo obvio, la crítica gratuita y la ingenua creencia de tener bajo llave la historia. Denunciada por Benedetto Croce en las primeras páginas de su conocida *Teoria e storia della storiografia* (1916), esta perversión de la práctica histórica parece definir el posicionamiento teórico y metodológico de unos investigadores que de ningún modo han sabido leer el momento histórico de la década central del siglo XIX, ni penetrar en la lógica historiográfica de los viajes llevados a cabo por Gayangos.

Para empezar, la escasa potencia interpretativa de Álvarez Ramos y Álvarez Millán les lleva a explicar la historia de la «archivística» española, reduciendo casi todo al conflicto religioso provocado por la desamortización. Desenfocada su percepción del problema histórico por el seguidismo de las tesis sostenidas por el sacerdote Francisco Martí Gilabert,¹⁸ los autores no han dudado en hacer suyas las descalificaciones de las jerarquías eclesiásticas opuestas al proceso o las argumentaciones, poco fiables en este punto, del neocatólico aragonés Vicente de la Fuente. Resulta así curioso ver cómo el texto está lleno de opiniones de una gran simpleza, sostenidas en improcedentes juicios de valor acerca de la «nefasta intervención del Estado», de aquella «infamia nacional» y de aquel «imperdonable crimen cultural» (pp. 123, 202, 203, 204, 205, 206, 248, 249, 256...). Desafortunadamente, pienso que se ha perdido una extraordinaria oportunidad de analizar en su complejidad el sentido historiográfico del fenómeno desamortizador, de reconocer su relación con la construcción político-social del Estado liberal, pero sobre todo, de resaltar las aportaciones del grupo de académicos y eruditos liberales

¹⁸ Francisco Martí Gilabert, *La desamortización española*, Madrid, Rialp, 2003.

(representado en este caso por Gayangos), al desarrollo de la *cultura nacional española*, un concepto en cuyos contenidos, junto a otras muchas ideas, valores morales y producciones intelectuales, convergían las nociones esenciales de *patrimonio documental* y *archivo nacional*. De ahí que, en el juego de correspondencias culturales de la época, el sentido de esta pieza central dentro del sistema de imágenes y representaciones de España se viera enriquecida tanto por la práctica de los *viajes literarios* de inspección como por las actitudes políticas del momento que venían a garantizar las expectativas de conservación-organización de los documentos en los archivos estatales.

Así pues, a despecho de cualquier reclamación de orden estamental y más allá de las críticas puntuales sobre las consecuencias del proceso, el interés cívico-patriótico por los «monumentos de España» se fundamentaba precisamente en algo que ya he apuntado anteriormente: en haber sido elevados a la categoría ideológico-cultural de *bienes nacionales*, como resultado de la política liberal desamortizadora. De esa suerte, convertidos en uno de los elementos esenciales de la autorepresentación de la nación, fue esta condición la que tuvo un efecto llamada hacia el activismo cultural para varias generaciones de eruditos, empezando por la que pertenecía Pascual de Gayangos. Un personaje, por lo demás, que si en su juventud no había dudado en enrolarse voluntario en la compañía de granaderos del 6 batallón de la Milicia Nacional de Madrid para defender la capital de los carlistas, siempre se mantuvo cercano a la cultura política del liberalismo progresista (y con él, su hija Emilia y su yerno Juan Facundo Riaño). En fin, cabe preguntarse si el «conocimiento ampliado» de las bases conceptuales e institucionales que configuraron el Estado liberal español hubiera ayudado a mejorar la concepción del objeto, ocultando los evidentes pasos en falso por los estratos del contemporaneísmo dados por la arabista y el medievalista responsables del libro que comentamos. Pero lo cierto es que ésta no es la única opinión sorprendente que descubrimos en el mismo.

El texto de Cristina y Miguel Ángel Álvarez prosigue polemizando en torno al *academicismo* decimonónico, aventurándose a refutar por «ideológico» el término *guardianes de la historia* (pp. 15, 76, 119, 278, 299, 300, 317). Sin otras explicaciones que la inmediatez de sus intuiciones y destellos, los dos inseparables historiadores han alterado su significado semántico al leerlo literalmente y atribuirle una carga de negatividad muy alejada del sentido metafórico que se le otorga en las investigaciones dedicadas a estudiar los procesos de institucionalización de la historiografía internacional contemporánea y, dentro de ella, de la española. Y, precisamente, porque en el curso de las discusiones generadas por esos estudios se ha matizado la utilización teórica de la expresión al hacer brotar de ella todas las sugerencias posibles, conside-

ro que es importante tener claras, cuando menos, dos cosas: Primera, el campo de uso de la misma siempre ha estado vinculado a la comprensión de los rasgos historiográficos desarrollados durante la fase inicial de construcción de la *cultura nacional* (entre 1840 y 1900). Y, segunda, su empleo ha servido para caracterizar un aspecto identitario de la comunidad de historiadores consolidada durante el período de la alta Restauración, formada *ab ovo* sobre las pervivencias del antiguo universo erudito (de nobles, eclesiásticos y militares cultivados) y los nuevos *funcionarios de la cultura y gestores del patrimonio histórico* creados por el Estado contemporáneo (amplio abanico que abarcaba desde los académicos de la Historia de Madrid a los miembros del Cuerpo Facultativo, los catedráticos de Universidad o de los institutos provinciales). Profundamente identificados con la tarea de ilustrar con documentos la historia de España, los miembros de este grupo asumieron las funciones patrióticas que implicaban tanto la custodia de los fondos en los archivos del Estado como el control de la escritura y las representaciones del pasado nacional.

Se me olvidaba. En tiempos donde la historia y la política estaban indisolublemente unidas, el *academicismo cultural* también fue una construcción ideológica. Lo cual quiere decir, por modo afirmativo, que estuvo sujeto a las interferencias del sistema liberal y, dentro del enfrentamiento entre las distintas culturas políticas que competían por la difusión de la identidad nacional, a la hegemonía académica alcanzada durante el canovismo por el pensamiento conservador. Desde principios de 1900, la crisis finisecular nos dice simplemente que la época de los *guardianes de la historia* (o, si se prefiere, del *academicismo*) gozó de un tiempo histórico preciso y tuvo, por así decirlo, una validez transitoria (continuada, en las tres primeras décadas del nuevo siglo, por la etapa de la *profesionalización*).¹⁹

Llegamos así a hablar del objeto fundamental del libro de Cristina y Miguel Ángel Álvarez: los *viajes literarios* de Pascual de Gayangos. Y en punto a la conceptualización de los viajes, la vena del breve filosofar aflora rápidamente a través de dos escuetas referencias apuntadas en la introducción (pp. 37 y 39). Seducidos sin duda por una documentación de primer orden, un «sustancioso bocado epistolar que, por estar al alcance de cualquiera, parecía estar esperándonos» (p. 16), el libro se presenta como un comentario «interior». Una reconstrucción apegada a las fuentes y, en consecuencia, apartada de cualquier posible lectura «externa», dependiente de una teoría de la historia (yo añadiría cultural e historiográfica) subyacente. Sin dejarse influir tampoco por la biblio-

¹⁹ Ignacio Peiró Martín, *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*, segunda edición corregida y aumentada, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2006.

grafía sobre la literatura de viajes o las transferencias transnacionales, el propósito real de los autores es conducirnos al centro de la «filosofía» de Gayangos que brota del epistolario conservado en el archivo de la Real Academia de la Historia. De ahí que el sentido de la comprensión del texto se base en la rigurosa transcripción y desciframiento de las cartas generadas por aquellos viajes (reproducidas en el primer apéndice documental, pp. 327-441).

Ahora bien, anticipadas las objeciones a esta interpretación hermenéutica claramente limitada, esta renuncia y el descubrimiento iniciático de Gayangos que la acompaña parece haber dado paso a un segundo estadio en la investigación del personaje. De hecho, con motivo de la conmemoración, esta vez, del 200 aniversario de su nacimiento, Cristina Álvarez y Claudia Heide han actuado como editoras de un libro colectivo en lengua inglesa.²⁰ Y aunque el idioma no suele otorgar carta de legitimidad científica a los contenidos de las narraciones historiográficas, en este caso, la plenitud de la comparación y las visiones en «perspectiva caballera» aportadas por el seleccionado grupo de colaboradores, han ampliado la mirada sobre la vida intelectual de quien fue uno de los máximos exponentes de la *cultura nacional española* del siglo XIX.

En este sentido, tras la introducción firmada por los dos primos Álvarez y Claudia Heide, la obra se presenta como una apuesta por el equilibrio que transmite la recopilación de las imágenes de Gayangos creadas por los espejos del hispanismo angloamericano y, además, vincula los estímulos de la experiencia historiográfica con las concepciones de las generaciones más jóvenes. Así, de las tres partes en que se divide el volumen, la primera, dedicada al «Arabismo», reúne los trabajos del director del departamento de Estudios Hispánicos de la citada universidad escocesa Andrew Ginger y de la especialista en estudios árabes e islámicos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas Manuela Marín. El espacio central de la monografía, titulada «Gayangos en el mundo anglosajón», incluye las colaboraciones de los *eméritos* Richard Hitchcock y Clinton Harvey Gardiner (autor de la biografía de *William Hickling Prescott*, 1969). Completan esta sección sendos artículos escritos por Claudia Heide y por el conocido medievalista de Boston e historiador de la ciencia hispana, Thomas F. Glick. Por último, bajo el epígrafe de «Gayangos y la cultura material», se esfuerzan en analizar la pasión coleccionista y bibliófila del académico andaluz un estudio de Miguel Ángel Álvarez y otro firmado por la conservadora del Departamento de Escultura del *Victoria and Albert Museum* de Londres, Marjorie Trusted.

El libro permite reconocer el sentido del homenaje a la singular biografía de Pascual de Gayangos porque nos ayuda a percibir el valor de los

²⁰ Cristina Álvarez Millán y Claudia Heide (eds.), *Pascual de Gayangos. A Nineteenth-Century Spanish Arabist*, Edinburg, Edinburg University Press, 2008.

individuos (*intermediarios culturales*) en la realidad de la transmisión cultural del siglo XIX. Lejos de las constricciones anteriores, *Pascual de Gayangos. A Nineteenth-Century Spanish Arabist* es una obra de referencia porque abre el abanico de posibilidades de la metodología comparada y supone, a la vez, una invitación para estudiar la importancia intelectual de los eruditos decimonónicos, la participación de los mismos en la difusión de las ideas europeas y su intervención en la elaboración de las culturas históricas nacionales. En una palabra, al lado de las instituciones y «lugares de la historia» estatales, se trataría de analizar las «historias cruzadas» de una serie de personajes que, viviendo el legado de la «República de las Letras» y sus prácticas (los viajes, la publicación de libros, la correspondencia, las academias y las revistas), llenaron sus nostalgias del pasado con el «espíritu del siglo» del presente. Un clima cultural dominante cuya inspiración esencial y carga crítica (a veces plenamente revolucionaria) estuvieron indisolublemente adheridas a las creencias en los mitos de la modernidad y del progreso, al principio cívico de la nación y, entre unas cuantas más, a la utopía de la ciencia positiva. Y todo ello, con la confianza que les proporcionaba el sistema de relaciones, sentimientos y afectos personales desarrollados durante el proceso de configuración de la comunidad académica, en nuestro caso, de historiadores españoles.

Naturalmente, Gayangos compartía la declaración generacional dictada, en 1840, por el escritor escocés Thomas S. Carlyle en una de sus más famosas conferencias: los *hombres de letras* del universo eran los verdaderos *héroes* de la edad moderna.²¹

²¹ Thomas S. Carlyle, *Lectures on Heroes, Hero-Worship and th Heroic in History*, Oxford, The Clarendon Press, 1910, p. 148.